



# 25 años del Museo Nacional de la Revolución

Angélica Vázquez del Mercado\*

## I. UN MUSEO PARA LA REVOLUCIÓN

En 1933, un esqueleto de acero de enormes dimensiones se alzaba en medio de un paraje semiurbanizado: como si del tejido de una telaraña se tratara, las vigas de acero se entrelazaban formando cuatro estructuras que fungían de machos para sostener el tambor, que a su vez tenía como objetivo original soportar una doble cúpula –innovación en la arquitectura de la época– hasta alcanzar una altura equivalente a un edificio de 20 pisos.

Si en ese momento tomáramos distancia y nos ubicáramos en el Ángel de la Independencia, a sus 45 metros de altura sobre la ciudad y enfocáramos la vista hacia el norte, nos encontraríamos con un paisaje abierto de cielo claro y limpio, con el Paseo de la Reforma y su ancha avenida. Entre sus casas modernísimas, de claro estilo porfiriano, entre sus terrenos amplísimos listos para la construcción, veríamos algunos automóviles circulando en uno y otro sentido (cada vez más) y veríamos al fondo, a la izquierda, sobresaliendo escandalosamente por su altura, una estructura oscura, inoportuna en un horizonte todavía ausente de verticalidad constructiva. Veríamos lo que alguna vez quiso ser y no fue: la cúpula del edificio más importante del porfiriato, la representación fehaciente de un régimen progresista y modernizador.

Sobre un terreno consolidado más de 20 años atrás por medio de 17 mil pilotes de arena comprimida, de madera y de concreto<sup>1</sup>, se comenzó a erigir lo que sería el salón de pasos perdidos del Palacio Legislativo, diseñado por el arquitecto Émile Bénard, un espacio desproporcionado en todos los sentidos, proyectado para un país que no era éste, sino el imaginado por el porfirismo de los últimos tiempos. El proyecto desde su concepción resultó sumamente desafortunado, lleno de tropiezos, de malas decisiones, difícil de resolver en su construcción por cuestiones financieras y políticas. De modo que, en ese año de 1933, lo que debió ser la orgullosa cúpula de la obra señora del progreso porfirista, el Palacio Legislativo, era una presencia mórbida, el cadáver de la dictadura. Penoso era también ver en las escalinatas, que se proponían desembocar en lo que sería una hermosa puerta de entrada al capitolio mexicano, la escultura del águila republicana que debió coronar la cúpula. En medio de esa soledad, el águila parece abandonada.

El arquitecto Carlos Obregón Santacilia narra en un breve documento el origen del uso final que se dio a la estructura<sup>2</sup>. Arquitecto del régimen posrevolucionario, con varias obras públicas en su carpeta, Obregón Santacilia se adjudica la idea de convertirla en un monumento dedicado al proceso histórico que dio fin al Porfiriato: la Revolución. Con el apoyo del secretario de Hacienda del gobierno de Abelardo L. Rodríguez, Alberto J. Pani, y del expresidente Plutarco Elías Calles<sup>3</sup>, se logró rescatar la estructura y dio inicio su transformación. Al igual que el proyecto original, el monumento pasó por numerosas dificultades para su conclusión<sup>4</sup>, hasta que en 1938 se inauguró con una pequeña ceremonia cívica. En el inter, Obregón Santacilia presentó otro proyecto con el que reforzaría el simbolismo del monumento: un museo dedicado a la Revolución Mexicana ubicado en la parte inferior del mismo, a nivel subterráneo. Lamentablemente, el proyecto quedó en el olvido hasta que, cincuenta años después, un acto fortuito resucitó el viejo plan.

Después del terremoto de 1985, el gobierno del Distrito Federal ordenó una revisión de los cimientos del monumento; con los trabajos se “descubrieron” los que debieron ser los sótanos del Palacio Legislativo, un espacio hasta entonces absolutamente desaprovechado. El gobierno de la ciudad y la Secretaría de Educación Pública decidieron recuperar la idea de construir ahí un museo dedicado a la Revolución Mexicana, proyecto que hasta entonces encontró las voluntades necesarias para su creación<sup>5</sup>.

## II. “PARIR UN MUSEO”

El gobierno de la ciudad solicitó la asesoría del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez para dar inicio al nuevo proyecto, quien recomendó la conformación de un equipo especializado: en la parte arquitectónica debía buscarse a quien pudiera hacer la adaptación de los sótanos, servicios y jardines deprimidos del proyecto original para convertirlos en el espacio museístico requerido; en cuanto a los contenidos, debía contarse con la participación de historiadores, para lo cual recomendó a la historiadora especialista en el periodo revolucionario, Eugenia Meyer, entonces directora del Instituto de Investigaciones Históricas José Ma. Luis Mora<sup>6</sup>.

El equipo quedó conformado por el arquitecto Jorge Fabela, y en la museografía participó Jorge Bribiesca y los historiadores del Instituto Mora coordinados por la Dra. Meyer, ocupados en la elaboración de los guiones científicos, históricos y museográficos. En menos de un año se adaptaron los espacios y se hizo el acopio de la obra con la que el museo iniciaría su propio acervo. En el desarrollo de los contenidos, reconoce Eugenia Meyer, los historiadores contaron con absoluta libertad, de modo que el planteamiento se alejaba considerablemente de la idea de mostrar una historia oficialista:

y, como el punto culminante, la promulgación de la Constitución de 1917. Así, lo que se pretendía era mostrar 50 años de historia nacional a través de dioramas, fotografías, mapas y objetos, que dieran cuenta de la vida cotidiana, la economía, la política y la sociedad de ese periodo.

Trabajando todos a marchas forzadas para que el Museo pudiera ser inaugurado en la fecha prevista, se decidió iniciar con una exposición temporal titulada *1910 en la memoria de México* (y que debió prolongarse dado el éxito obtenido). Según lo esperado, el Museo Nacional de la Revolución abrió sus puertas



La bola **Fotografía** © Museo Nacional de la Revolución / Eduardo Marmolejo

[...] hemos tratado de hacer un museo de síntesis, integrador de procesos, donde no nos interesa hacer sobresalir a los personajes. Nos preocupa explicar los porqués, no los quiénes, pues creemos que el protagonista de la Revolución es el pueblo de México y no unos cuantos de cierto sector de clase [...] Lo que buscamos es proyectar y definir algo que identifique al hombre común, que es el que realmente hace la historia.<sup>7</sup>

Conceptualmente, el museo se dividió en tres periodos históricos fundamentales: el triunfo de la reforma liberal, el Porfiriato, la lucha revolucionaria propiamente, de 1906 a 1917,

por primera vez hace 25 años, el 20 de noviembre de 1986, inaugurado por el presidente Miguel de la Madrid Hurtado, a la par que inauguraba la remozada Plaza de la República.

Con tan poco tiempo y ante tamaño reto, el proceso había sido, en palabras de Eugenia Meyer, como “parir un museo”: un espacio vivo pensado así desde el principio, para mejorar y enriquecerse en todo momento.

### III. “SACAR A LA REVOLUCIÓN DEL SÓTANO”

La primera directora fue la historiadora Aurora Montañó, quien debió enfrentarse a la decisión de suspender algunos de

los planes originales que aspiraban a hacer del museo un espacio cultural; por ejemplo, el proyecto contemplaba un eco-museo para presentaciones musicales, servicio de biblioteca y hemeroteca.

Con todo, en sus 1500 metros adaptados para montar la exposición permanente y las temporales, grupos de estudiantes y público en general podían realizar una visita significativa y conocer parte de ese pasado a través de, por ejemplo, la exhibición de los contrastes económicos del Porfiriato; el visitante tenía a la mano la representación de un aspecto de una hacien-

da don Amador González Sierra (quien trabaja en el área de mantenimiento desde 1987), el recinto padecía el deterioro natural debido a su uso<sup>9</sup>. En el año 2000, la directora Edna María Orozco consideró que era necesario ampliar el periodo presentado, pues, en su opinión, la Revolución no terminaba con la promulgación de la Carta Magna, sino con la realización de los ideales revolucionarios durante el cardenismo. Además, los objetos del acervo exigían mantenimiento y también proyección, ya que para entonces contaba con alrededor de cinco mil piezas y muchas de ellas nunca habían si-



da henequenera; la escenificación de una celda pretendía comunicar al espectador la sensación de opresión; los vestuarios de Virginia Fábregas –prestados por Fela Fábregas– impactaban por su elegancia o bien por su colorido; un kiosco, una caja fuerte, la colección de armas donadas por la Secretaría de la Defensa, un video con imágenes de las fiestas del Centenario de la Independencia (1910), los fotomurales de edificios públicos y, en fin, más de mil piezas que en conjunto proporcionaban al visitante pistas para reconocer ese tiempo ido<sup>8</sup>.

Pero, después de casi 15 años de servicio, había llegado para el Museo el momento de actualizarse. Como recuer-

do exhibidas. La modernización abarcaba áreas cada vez más sustantivas, como los servicios educativos, la renovación de recursos didácticos, y la organización de eventos de mayor impacto en el público<sup>10</sup>.

Hasta entonces, el Museo ofrecía tres salas de recorrido, en la nueva propuesta la oferta se ampliaba y reestructuraba. Según el subdirector Samuel Salinas Álvarez, se dedicaba demasiado espacio al Porfiriato y menos a la Revolución; lo mismo ocurría con la presencia indígena y la femenina, considerada como mínima: “Estamos tratando de incorporar una visión de la historia más contemporánea y acorde con las



Fotografía © Juan Aurelio Fernández Meza

preocupaciones fundamentales para la sociedad en este fin de siglo y principio de milenio”, declaró Salinas Álvarez antes de la reinauguración; en otras palabras, lo que esa administración pretendía era “sacar a la Revolución del sótano”<sup>11</sup>.

La remodelación le dio nueva vida al museo, pero quedó un pendiente importante a decir de Edna María Orozco: recuperar una idea fundamental del proyecto de los años treinta y vincular el recinto con el monumento y la plaza.

#### IV. LA CONMEMORACIÓN

Una década después, el Museo Nacional de la Revolución (MNR) volvió a pasar por un proceso de remodelación importante. En el marco de las conmemoraciones del centenario de la Revolución Mexicana, el órgano encargado del recinto, la Secretaría de Cultura del Distrito Federal, se avocó a su reestructuración con la perspectiva de que formara parte de un proyecto mucho más amplio y ambicioso: la recuperación de la Plaza de la República como un espacio público digno y vital. En esta ocasión se invitó a cuatro empresas a presentar su propuesta museográfica. El fallo fue favorable a Museográfica, S. C.<sup>12</sup>, que redistribuyó el espacio para aprovechar los 1,567 metros cuadrados disponibles para la exposición permanente más una sala para las temporales y un área de servicios educativos.

Otra novedad en el diseño fue —explica su actual director, el historiador Edgar Rojano— que “tanto su planta arquitectónica como su museografía fueron modificadas sustancialmente”, cumpliéndose la propuesta original de Carlos Obregón Santacilia al ubicar la puerta principal en vinculación directa con el Monumento a la Revolución y la Plaza de la República. “Por lo que respecta a la museografía, continúa Rojano, la novedad más importante fue la creación del Museo de Sitio”, que permite observar parte de la estructura de acero de lo que iba a ser el Palacio Legislativo a través de cristales bien ubicados; el Museo de Sitio además reúne “por primera vez obra de tres de

los principales protagonistas de lo que hoy es el Monumento a la Revolución: los arquitectos Émile Benard y Carlos Obregón Santacilia, y el escultor Oliverio Martínez”<sup>13</sup>.

El MNR se ha puesto a la altura de los tiempos y ofrece herramientas didácticas como estaciones interactivas, pantallas que presentan intermitentemente material filmico de la época, una propuesta iconográfica que es atractiva al tiempo que apoya el discurso histórico, objetos que aportan información en sí mismos sobre el periodo, una mejor iluminación y un recorrido amable para el visitante; sin embargo, se ha sacrificado el contacto directo entre el espectador y el acervo, al colocar todas las piezas en vitrinas, provocando un distanciamiento con los protagonistas de la visita (espectador-objeto/imagen)<sup>14</sup>.

El recorrido de las siete salas inicia con el triunfo de la República —respetándose el concepto de 1986—, pasa por las distintas revoluciones: maderista, constitucionalista y popular; los dos grandes proyectos legislativos del movimiento, como lo fueron la Soberana Convención Revolucionaria y el Constituyente de 1917, para terminar con el cardenismo, considerado el último gran momento de la Revolución con sus demandas reivindicadoras. Así, los visitantes más asiduos del recinto, alumnos de educación básica —el museo está inscrito en el programa de visitas escolares de la SEP—, terminan realizando un “paseo” por el pasado mexicano.

“Como complemento a esta labor cotidiana —concluye Rojano— el MNR tiene contemplado realizar conferencias, presentaciones de libros, exposiciones temporales con temática afín, evidentemente, a la Revolución, pero poniendo énfasis en otros temas que no se encuentran en la exposición permanente, como por ejemplo, la Revolución en las regiones, el arte, e incluso movimientos contrarrevolucionarios como la Cristiada.”

A un año de su reapertura y a 25 de su inauguración, el Museo Nacional de la Revolución se mantiene como el recinto

más visitado de su tipo, con más de 30 mil visitas mensuales; se ha convertido en uno de los focos culturales<sup>15</sup> de la zona, y conserva, sobre todo, su espíritu de divulgación histórica ❖

\* Museo Nacional de la Revolución

#### Notas

<sup>1</sup> Citado en Javier Pérez Siller y Martha Bénard Calva, *El sueño inconcluso de Émile Bénard y su Palacio Legislativo, hoy Monumento a la Revolución*, México, Artes de México, 2009, p. 133.

<sup>2</sup> Carlos Obregón Santacilia, *El monumento a la Revolución. Simbolismo e historia*, México, SEP-Departamento de Divulgación, 1960. Alberto J. Pani, entonces secretario de Hacienda, asegura que fue su idea y que se lo encomendó a Obregón Santacilia precisamente por la relación laboral que entonces mantenía el arquitecto con el gobierno en turno; ver: Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, México, INEHRM, 2003, p. 181: "Tuve, pues, que idear rápidamente otro medio de salvar la cúpula cuando, a principios de enero de 1933, recibí la noticia de que había sido vendida como fierro viejo por la Secretaría de Comunicaciones [...] Consideré que nadie objetaría la idea de levantar un monumento a la Revolución. Con el fin de demostrar que era posible realizarla, di instrucciones al Arq. Don Carlos Obregón Santacilia para que dibujara a toda prisa un ante-proyecto."

<sup>3</sup> Pani, *Op. cit.*, pp. 181 – 189, cita a pie de página donde incluye la Iniciativa del 15 de enero de 1933 en la que expone las razones para rescatar la estructura, documento dirigido al Ejecutivo que aceptó la propuesta y la formación de un patronato abocado a realizar el proyecto.

<sup>4</sup> Obregón Santacilia, *Op. cit.*, p. 62. El arquitecto cuenta que nadie inauguró el Monumento hasta que en el sexenio de Lázaro Cárdenas se efectuó una ceremonia el 20 de noviembre de 1938 con la participación de los alumnos de la escuela "Hijos del ejército" que cantaron el *Himno a la Revolución* y la marcha *Hijos del pueblo*.

<sup>5</sup> Entrevista con la Dra. Eugenia Meyer, ciudad de México, 14 de junio de 2011. Entonces el jefe del Departamento del Distrito Federal era Ramón Aguirre y Miguel González Avelar el secretario de Educación Pública.

<sup>6</sup> *Idem.* La doctora Meyer recuerda que se le había ofrecido el proyecto a Ramírez Vázquez pero que este había rechazado la propuesta por considerar que se requería de profesionales especializados en sus respectivas disciplinas. Para 1986, Meyer había dirigido la creación de los museos de la Lucha Obrera (Canana, Son., 1980), el de las Intervenciones (México, D. F., 1981) y el Histórico de la Revolución (Chihuahua, Chi., 1982).

<sup>7</sup> Periódico *El Nacional*, Adolfo Martínez Solórzano, "El Museo de la Revolución aglutinará 50 años de consolidación histórica de México. En breve abrirá sus puertas al público, lo inaugurará Miguel de la Madrid", martes 5 de mayo de 1987, Sección Metropolitana, p. 7

<sup>8</sup> Con información del artículo de María Elena Matadamas, "Museo de la Revolución. Reportaje visitándolo paso a paso. \*\*Contiene cientos de objetos", en: *El Universal*, 23 de Noviembre de 1986, Sección Cultura, p. 1

<sup>9</sup> Entrevista con el señor Amador González Sierra, ciudad de México, 1 de julio de 2011. Es justo destacar que los trabajos de remodelación se hicieron sin cerrar el espacio; a pesar de las adversidades –sigue don Amador– y la escasez de recursos, los trabajadores del Museo se comprometieron cumpliendo horas extras y desempeñando labores distintas a la propia.

<sup>10</sup> Adriana García, "Reabre museo con nuevas donaciones. Después de nueve meses de remodelación, a partir de hoy el Museo Nacional de la Revolución abre de nuevo sus puertas", lunes 20 de noviembre de 2000 en: [http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id\\_nota=7534&tabla=cultura](http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=7534&tabla=cultura) Consultado el 2 de Julio de 2011.

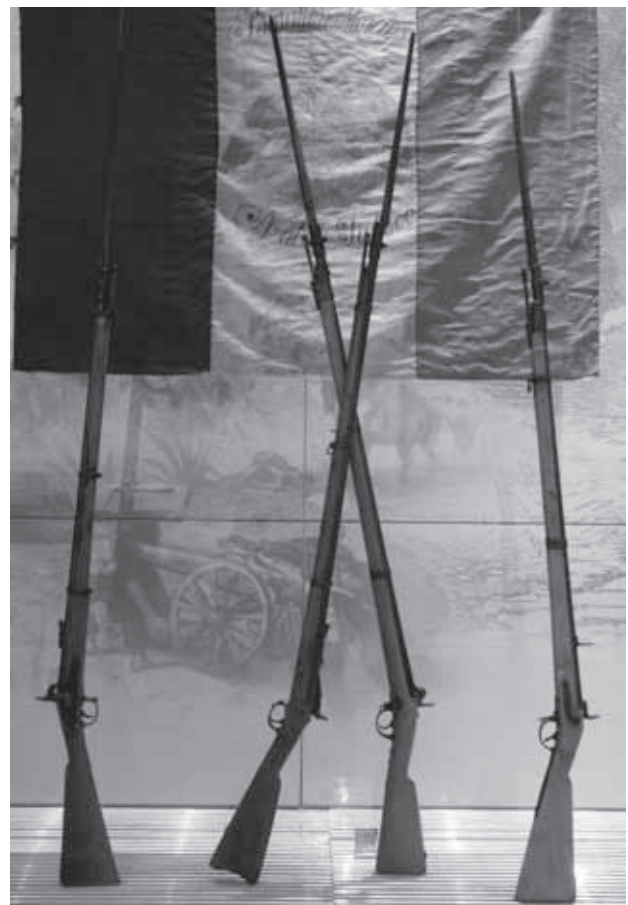
<sup>11</sup> Patricia Velázquez Yebra, "Sacarán a la Revolución del sótano y del olvido. La remodelación del museo situado en la Plaza de la República, que concluirá en noviembre, incluirá un nuevo guión museográfico con una visión más crítica y veraz sobre el movimiento armado", jueves 6 de julio de 2000, en: [http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id\\_nota=4954&tabla=cultura](http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=4954&tabla=cultura) Consultado el 2 de Julio de 2011.

<sup>12</sup> El fallo se dio en mayo de 2010, lo que significó –nuevamente– un tiempo muy corto para la remodelación. El monto destinado al proyecto ejecutivo fue de \$ 2,008,467.95, como puede consultarse en la página de transparencia del Gobierno del Distrito Federal.

<sup>13</sup> Émile Benard fue el autor del proyecto ganador para el Palacio Legislativo, ver: Pérez Siller, *Op. cit.*, mientras que Oliverio Martínez fue el creador de los conjuntos escultóricos que rematan en la cúpula del Monumento, ver: Obregón Santacilia, *Op. cit.*

<sup>14</sup> Coincido con la opinión de Miguel Enríquez Troncoso, museógrafo del Museo, sobre cómo la exposición permanente ha perdido calidez en lo referente al encuentro entre el visitante y las piezas.

<sup>15</sup> Horario de martes a domingo de 9 a 17 hrs. El costo es de \$23.00 entrada general y 50% de descuento con credenciales vigentes; los domingos la entrada es gratuita para todo el público.



Armas del ejército revolucionario Fotografía © MNR / Eduardo Marmolejo

